

mor que lo sostenía en todas sus crujiás y penalidades.

El 2 de noviembre de 1877 se hallaba con la pobreza recrudecida, pues en ese triste día de ánimas no sabía cómo llevar el pan a su casa, y determinó, como a las seis de la mañana, irse para el cementerio porque era muy devoto de las ánimas.

A esa hora aún no había empezado la función fúnebre; pero había muchos campesinos esparcidos por todo el cementerio, viendo tumbas y lápidas, en espera de la llegada de los sacerdotes que debían cantar los responsos y elevar las preces.

El general Barriga poseía una hermosa voz de barítono; se acordó de que

«cuando para las cosas  
faltan los medios  
para la ingeniatura  
sirve el ingenio».

Y, aquí que no pecho, impulsado por la necesidad, acercóse a una tumba, a cuyo pie había un grupo de campesinos, y empezó a cantar un responso.

Oído aquello por los demás campesinos, empezaron a acudir de todos los rincones del cementerio y a pedirle responsos al improvisado oficiante que iba desgranando gorigoris y recibiendo óbolos.